

## ***Sociología y Psicología de la Vida Social en la Obra de Ibn Jaldún***

*Por J. CHAIX RUY, profesor de Moral y de Sociología, en la Facultad de Letras de Argel. Vertido del francés por Oscar Uribe Villegas.*

**H**AY hombres que dominan su época por la potencia de su genio. Si bien pertenecen a su tiempo por su género de vida y por su comportamiento habitual, por la audacia de sus ideas, anuncian futuros tiempos. A ellos no llegará a comprendérseles sino mucho después de su muerte. Tal fué el caso de un historiador árabe del siglo xvi, *Ibn Jaldún* (o *Aben-jaldún*), a quien cinco siglos más tarde, Augusto Comte, habrá de saludar como el verdadero creador de la sociología y de quien habrá de subrayar “la misión incomparable”. El mismo, con todo, mientras escribía sus “Prolegómenos” cuya importancia debían revelar dos artículos de Schultz, publicados en 1825 en la *Revue asiatique*, tenía conciencia de todo lo que aportaba de nuevo a las ciencias históricas.

“Los discursos en los que vamos a tratar esta materia —escribirá— formarán una ‘ciencia nueva’ que será tan notable por la originalidad de sus puntos de vista como por la extensión de su utilidad. La hemos descubierto a fuerza de investigación, y como consecuencia, de profundas meditaciones”

Era en ese mismo año de 1825 cuando J. Michelet terminaba de traducir otra “Ciencia Nueva”, la del filósofo napolitano que, un siglo después, formuló la ley de las tres edades de la humanidad y de los “ricorsi” que presentan, sin que pueda alegarse una influencia directa, una gran analogía —respecto de la segunda sobre todo— con las leyes formuladas por Ibn Jaldún.

El tema de sus reflexiones es, sin embargo, muy diferente, así como el "clima" en que nace la obra. J. B. Vico vivió en el Nápoles del siglo XVIII, un Nápoles turbulento, supersticioso, que vibraba con el sonido de las campanas y con el tumulto de las procesiones. Profesor de retórica —encargado de un curso matutino— en la universidad,<sup>1</sup> lleva una vida menesterosa a sueldo de los grandes a quienes necesita admirar. Sus fuentes son los griegos, los romanos —Platón, Tácito, Cicerón— y los poemas fabulosos que le instruyen acerca de la historia confusa de la humanidad: *la Iliada, la Odisea, la Divina Comedia*. Al través suyo, conoce la obra de los poetas-teólogos, que, en tiempo de los dioses, guiaron los primeros pasos de las sociedades.

Ibn Jaldún no conoció sino el Islam y las civilizaciones del Africa del Norte. Nacido en Túnez en 1332 de una familia noble originaria de la España musulmana, va a verse zarandeado de tribulación en tribulación por la vida, que le hará pasar de la extrema grandeza a la más negra de las miserias. Es por tanto, su experiencia personal la que le instruye, confirmandole en un fatalismo que debía a su formación religiosa; sus desventuras le enseñan que aun la prudencia y la circunspección no bastan para poner al hombre al abrigo de los golpes del destino. Conoce, después de haber seguido en su juventud las lecciones de El Abbeli, "gran maestro de las ciencias fundadas en la razón", las pequeñas cortes españolas; durante tres años, en efecto, será, en la corte del Sultán de Sevilla, embajador del Emir de Granada; pero gustará también, durante ocho años, la vida libre de los nómadas en la tribu de los daudia al lado de los cuales se refugiará para huir de las persecuciones de las que él mismo dirá "se debían a la imprudencia de su juventud que le llevaba a mirar demasiado alto".

Arrojado a prisión durante dos años, volvemos a encontrarlo como consejero principal de Emir de Bougie y de su primer ministro. Pero el ha aprendido ya a su propia costa, que las grandezas atraen hacia aquellos que las buscan, crueles envidias. La muerte del emir le dejará sin protector; de nuevo, se verá precisado a huir. Poco después, un naufragio devorará a toda su familia en el momento en que él mismo, en Túnez,

1 Remitimos al lector a las obras que hemos consagrado a J. B. Vico: *J. B. Vico: la formation de sa pensée (1668-1721) Vie de J. B. Vico, avec diverses traductions et notes, Morceaux choisis de J. B. Vico, "avec une importante introduction"*, Presses Universitaires de France, 1943 y 1945, así como a un artículo aún inédito que esperamos publicar en esta *Revista Mexicana de Sociología*.

llegaba al pináculo del poder. Hacia el fin de su vida, deberá a su sangre fría y a su astucia, el poder escapar a la cólera del terrible Tamerlán.

A esta vida errante y aventurera, le debe una experiencia adquirida dolorosamente así como el desencanto, el pensamiento resignado que se discierne en su obra. Al contacto de los daoudia, comprende la psicología de los nómadas, las razones de su superioridad; en España ve a los cultivadores impotentes defenderse de las exacciones del poder, presionados por sus señores, están, por otra parte, amenazados sin cesar por las *razzias* o incursiones de las tribus que permanecen libres; en las pequeñas cortes musulmanes, admira civilizaciones refinadas pero que llevan en sí mismas, en el exceso mismo de su lujo y en el debilitamiento de la autoridad, las causas de su próxima declinación.<sup>2</sup>

Pero si su aptitud generalizadora no hubiera sido excepcional, no hubiera podido sacar de sus observaciones, conclusiones valederas para todos los pueblos y para todos los tiempos, y, si su voluntad hubiera sido doblegada por el golpe de los acontecimientos que lo abrumaban, no hubiera considerado como un ocio fructífero el de los años de prisión y de exilio. El hombre estaba dotado de un temple y de una inteligencia poco comunes. Lúcido de un modo admirable, confiado en su razón para comprender el curso de la historia sobre el que siempre reconocía no tener asidero:

“Al introducirme por la puerta de las causas generales al estudio de los hechos particulares, abarco en un relato comprensivo la historia del género humano . . . Asigno a los acontecimientos políticos sus causas y su origen.”

Esta capacidad de reflexión le hace presentir las especulaciones un poco arbitrarias de las filosofías de la historia, esta estrecha implicación de la idea y del hecho, de la historia y de la filosofía que constituye la afirmación esencial del historicismo; siempre distingue con cuidado la historia vivida cuyos acontecimientos se substraen a la voluntad del hombre, y la historiografía que, después del golpe, intenta explicarlo. Incluso ha sabido distinguir los dos aspectos de la historia: en cuanto se ocupa de

2 Puede consultarse con provecho, para reconstruir la época, el libro de Henri TERRASSE: *Histoire du Maroc*. Ed. Atlantides, Casablanca, 2 v., 1949, así como la obra —más antigua— de E. F. GAUTHER: *Les siècles obscurs du Magreb*. París, 1928. Los textos que citamos son extractos de los *Prolegomenes* y de la *Histoire des Bereberes*. Ed. de Slane. También puede hacerse referencia al *Recueil de textes de sociologie et de droit public musulman contenus dans les 'prolegomenes' d'Ibn Khaldun*, seleccionados y traducidos por Georges SUDRON y Leon BERCHER. Bibliothèque de l'Institut d'Etudes Supérieures islamiques d'Alger, 1951.

“darnos informaciones acerca de acontecimientos dignos de ser contados, sobre la sucesión de las diversas dinastías, así como de todo lo que ha ocurrido en el curso de los siglos pasados” no es sino *crónica*, y como entonces se encuentra más cerca del arte que de la ciencia, debe hacerse atrayente por un estilo pulido e instructivo por el uso de refranes y sentencias. Incluso entonces, llega a elevarse a un nivel en el que el ciclo constante de las civilizaciones se nos revela; vemos entonces, gracias a las analogías que nos presenta “vivir los Estados, aparecer y desaparecer cuando les llega su hora”.

Pero “vista desde dentro” y no ya bajo su “aspecto externo”, la historia deja de ser simple resurrección de un pasado que vuelve a vivir gracias a la habilidad del artista, para convertirse en “examen ahondado o profundizado, investigación rigurosa, explicación de los hechos y de sus principios”; es decir, “una ciencia profunda de la fisonomía de los acontecimientos y de sus causas. Hace penetrar sólidas raíces en la filosofía, y amerita el que se le considere como una de las vías que a ella conducen”.

Dejemos de lado la crónica, para examinar sólo aquello que, desde hace mucho tiempo, ha sido denominado como “filosofía de la historia”, aquello que algunos estudiosos asignan a una nueva ciencia, “la *culturología*”, o ciencia de las civilizaciones y de las culturas, de las estructuras duraderas si no permanentes, que determinan el comportamiento de los individuos y la vida de las sociedades. La palabra árabe “*umran*” que en todo momento acude a la pluma de Ibn Jaldún designa bien un aspecto muy profundo de la vida social: “He intentado indicar, en mi primer libro” —escribe— “las razones y las causas que se encuentran en el origen de los Estados y de las civilizaciones”.

Asimismo va mucho más allá de esta afirmación renovada muy recientemente por Paul Valéry, y que ha encontrado en nuestras conciencias, ecos tan fuertes y repetidos; afirmación según la cual “todas las civilizaciones son mortales”.<sup>3</sup> Los pueblos, nos dice, mueren como los individuos; aquellos a quienes volveremos a encontrar siglos más tarde sobre el mismo suelo, no tendrán, hagan lo que hicieren ni las virtudes ni el destino de sus antepasados. Además, causas constantes explican la grandeza y la declinación de las naciones, así como las vicisitudes del poder soberano. Estas causas son: *el clima, el género de vida, la religión,*

3 V. Paul VALÉRY: *Variétés, Considérations sur le monde actuel y Préface a une édition des Lettres persanes*; ver también nuestro estudio: “Paul Valéry et le theme du retour éternel”, que ha de aparecer muy próximamente en la *Revue de la Méditerranée*, Argel.

*el espíritu de cuerpo y el sentido de la solidaridad, el espíritu de sacrificio y el valor viril de los individuos*; es decir, lo que denominamos virtudes morales.

*El clima.*—Mucho antes que Montesquieu, Ibn Jaldún supo discernir la influencia del clima sobre las razas y sobre los pueblos. En lugares en donde es demasiado dulce, demasiado clemente, los cuerpos se debilitan y pierden su vigor; la vida —hecha fácil— afloja las energías. De ser, en cambio, demasiado rudo o excesivo, las artes liberales no podrán aparecer; las necesidades de la vida cotidiana, la precisión de luchar incesantemente contra los hielos, las heladas de los largos inviernos o el calor tórrido, los peligros que acechan por doquier, súbitos e insidiosos, hacen imposible la formación de una cultura. A los climas moderadamente cálidos y secos, corresponden la alegría, la vivacidad de espíritu, la falta de previsión; a los climas húmedos y fríos, la tristeza, la postración y el exceso de previsión. Es en los países en donde abundan las cosechas que recompensan una vida de dura labor, en donde los hombres pueden establecerse y poner las bases para una comunidad duradera.

*El género de vida.*—El género de vida está, asimismo, estrechamente ligado al clima y las condiciones de vida económica. Su influencia es determinante; es, por sí solo, capaz de determinar en el hombre, una segunda naturaleza. “Las cosas a las que el hombre se acostumbra determinan una nueva naturaleza que reemplaza a la naturaleza innata” Es, con poca diferencia, la frase de Pascal: “la costumbre es una segunda naturaleza”. El género de vida actúa, en primer lugar, de modo directo sobre los individuos: así, los árabes que recorren el desierto, cuyo alimento principal es la leche, tienen “un tinte más fresco, un cuerpo más sano y mejor proporcionado; muestran una mayor igualdad de carácter y una inteligencia más viva cuando se trata de aprehender y de comprender bien”.

Pero, asimismo, obra de manera indirecta al desarrollar y mantener entre los pueblos nómadas, un ardor despreocupado del peligro, un valor, una audacia, un amor por el riesgo, que les permite triunfar fácilmente de los pueblos afeminados y languidescentes a causa de la vida urbana, enervados por el lujo, y corrompidos por el comercio.<sup>4</sup> Los cartagineses

4 Ibn Jaldún vuelve varias veces sobre esta influencia del comercio y el gusto por los negocios que retienen los resortes del alma y la orientan hacia la sola búsqueda de los goces materiales.

¿no deberán sólo a sus mercenarios el mantenimiento de su Imperio? Ibn Jaldún va aún más lejos; llega incluso a presentar las conclusiones de algunos psicólogos sociales contemporáneos, la distinción que establece Kardiner entre las instituciones primarias —que determinan la estructura de la personalidad básica— y las instituciones secundarias que derivan de dicha personalidad.<sup>5</sup> ¿No ha escrito, en efecto, que “las diferencias que se notan y señalan en los usos y las ideas de diversos pueblos, dependen de la manera en que cada uno de ellos provee a su subsistencia?” Es en este mismo análisis en lo que se funda para afirmar la prelación de la vida rural sobre la vida urbana; los hombres se han agrupado primeramente para procurarse lo indispensable; no es sino más tarde cuando han podido pensar en lo necesario y en lo superfluo. He aquí un texto que resulta muy explícito al respecto: es todo el problema de la frustración el que se plantea en él, ya que establece:

“Los hombres se han reunido en sociedad únicamente para procurar aquello de lo que han de subsistir” (lo cual debe entenderse literalmente como: procurarse *aquello que les impida morir de hambre*) “Comienzan por lo indispensable y lo inmediato antes que por lo necesario y lo superfluo. Unos tratan de obtener elementos para su subsistencia, de la agricultura: plantan y siembras; otros se dedican a la cría de ovejas, de ganado, de cabras, de abejas y de gusanos de seda para explotar su producción y obtener el beneficio o ganancias.<sup>6</sup> Quienes subsisten gracias a la agricultura o a la cría son obligados por necesidad imperiosa a llevar una vida rural porque el campo es lo suficientemente vasto como para ofrecerles lo que las ciudades no pueden darles: tierras para sembrar, campos que cultivar, pastos para los animales, etc. . . . Su acantonamiento en el campo es, por tanto de (la más imperiosa) necesidad. Asimismo, su reunión, su solidaridad para la satisfacción de sus necesidades, su subsistencia y su vida en sociedad —nutrición, alojamiento, vestido— no existían sino en la medida necesaria para la conservación de la vida y la obtención de aquello que impide morir de hambre, sin nada más, puesto que resultaban incapaces de sobrepasar tal estadio”.<sup>7</sup>

5 V. la obra de Mikel DUFRENNE; *La personnalité de base*. P.U.F. Collection “Sociologie” dirigida por Georges GURVITCH, 1953.

6 Ibn Jaldun distinguía las sociedades fundadas en el pequeño cultivo y la recolección, y las que viven de la cría, así como las sociedades mixtas que derivan de ellas.

7 *Recueil de textes* . . . Ed. cit. “sobre la civilización rural, los pueblos salvajes y las tribus. Capítulos y explicaciones preliminares. Capítulo Primero: Que las generaciones sucesivas de nómadas y de ciudadanos son fenómenos naturales” p. 7.

Se necesitará que estas primeras tribus escapen a la falta de elementos nutritivos que les amenazaba, para que la vida nómada pueda ser substituída por la vida citadina, más amplia y rica:

“Más tarde, cuando estos buscadores de víveres ven mejorar su situación y afluir, más allá de la necesidad, la abundancia y el bienestar, se inclinan a la tranquilidad y al relajamiento. Se ayudan mutuamente para obtener lo superfluo; agrandan sus moradas; trazan el plano de las ciudades; construyen capitales a fin de hacerse ciudadanos. Más tarde, la comodidad y la abundancia aumentan más aún, los hábitos de lujo aparecen y se desarrollan hasta el máximo en el refinamiento y en la preparación de los alimentos, en la búsqueda de los mejores platillos y de los vestidos de ceremonia más bellos, hechos de todas las variedades de seda, de brocado, etc . . . se distinguen por la búsqueda de los más ricos medios de vida: lechos, vestidos, utensilios de cocina, vasijas. Tales son los llamados ‘ciudadanos’, los habitantes de las villas y de las capitales. Algunos, de entre ellos, son artesanos; otros son comerciantes. Sus riquezas sobrepasan, por el valor y la extensión, las de los campesinos puesto que llevan una vida que sobrepasa lo estrictamente necesario, y que está en relación con su fortuna.”<sup>8</sup>

8 Un poco más lejos, Ibn Jaldún distingue los dos modos de vida de los pueblos primitivos; sedentario y nómada: “ las gentes del campo son, según hemos visto, las que buscan los medios naturales de subsistencia dedicándose a la agricultura y a la cría. Hemos dicho que se contentan con lo indispensable para la nutrición, el vestido y la habitación así como para todos los demás modos de vida, hábitos y costumbres . . . Para aquellos de entre ellos que obtienen su subsistencia del cultivo y del laboreo, la vida sedentaria vale más que la transhumancia. Son los habitantes de las aldeas, de las villas y de las montañas. Es este el caso de la generalidad de los bereberes y de los pueblos no arábigos. Aquellos que viven de los rebaños o ganados que pastan, como las ovejas y los bueyes, son en su mayoría trashumantes porque necesitan procurar a sus animales aguas y pastura. Para éstos, es preferible llevar una vida errante. Se les llama “Chaouia” que quiere decir guardianes de ovejas y de bueyes. No se fijan en el desierto porque ahí faltan las buenas pasturas. Tales son, entre otros, los bereberes, los turcos y sus hermanos turcomanos y esclavones . . . ”

Pero Ibn Jaldún precisa aún que es la diversidad de la cría la que determina la extensión más o menos grande de la vida nómada. La extrema sobriedad de los camellos y la obligación de procurarles el calor extremado del que tienen necesidad para el destete, extiende para aquellos que se dedican a este modo de cría, el área a recorrer. De donde los rasgos de carácter más acusados aún: “constreñidos a internarse siempre más y más en el desierto para huir del castigo y de las represalias que les atraen sus incursiones, estos nómadas han llegado a ser, por esta razón, los más salvajes de los hombres; los citadinos les consideran también como *bestias salvajes*” (las *bestioni* de J. B. Vico) “sobre las que no se tiene control, y como

He aquí formulada, por tanto, una ley que ha sacado a la luz la sociología económica contemporánea; la escasez o la abundancia de las subsistencias determina el modo de vida y, por el modo de vida, el carácter mismo de los individuos y de los pueblos —la personalidad básica— a la amarga lucha por los elementos nutritivos, a la permanente amenaza de frustración, corresponde la rudeza de los caracteres pero también la energía, la obstinación, la aplicación a las tareas más duras, el rigor en la ganancia.

Cuando los recursos se multiplican, las costumbres se endulzan y aparece la civilización, el carácter se relaja, la energía se doblega, y, con la prodigalidad, se manifiesta una comodidad que pronto será fatal para los individuos y para las naciones. De ahí resulta, en fin, que la vida rural, y sobre todo la vida nómada, es anterior a la vida citadina que aparece ante los pueblos errantes como un fin por lograr, en tanto que —salvo en casos excepcionales— el urbanita no aspira al retorno hacia los campos. La creciente toma de conciencia de los beneficios de una existencia sedentaria en las moradas opulentas, explica esta sucesión invariable.<sup>9</sup>

*La religión.*—Sea cual fuere la importancia de los factores económicos —y especialmente el papel de la moneda, cuyo mecanismo estudió Ibn Jaldún con rara perspicacia— nada está más lejos del espíritu del filósofo árabe que transformar la ideología en una simple superestructura (con Marx) o en instituciones secundarias (con Kardiner). La religión es, para él, constitutiva del vínculo social que contribuye a engendrar y a reforzar. En donde la religión se debilita, el egoísmo y el apego a

animales de presa. Tales son los árabes y aquellos que se les parecen: los nómadas bereberes, los zanata del Magreb, y también los nómadas kurdos, turcomanos, y turcos de Oriente. Los árabes penetran siempre más profundamente que todos los demás en el desierto porque no obtienen su subsistencia de otra fuente que los camellos; asimismo, sobrepasan a todos los pueblos en rusticidad y, por tanto, en indómita energía, en sobriedad, en vigor." *Recueil de textes*, Ed. cit. capítulo 2. pp. 9 y 10. Montesquieu ha de llamar "frugalidad" a lo que Ibn Jaldún denomina "sobriedad" y 'disposición a privarse incluso de lo necesario". V. *Sprit des lois*, y nuestro estudio "Montesquieu et J. B. Vico". *Revue Philosophique*, octubre-diciembre, 1947.

9 Se obtendrá provecho de leer todo el capítulo XVI "Donde se muestra que los pueblos salvajes son más capaces que otros para hacer conquistas" "Cada vez que un pueblo [pobre y errante] se instala en países ricos y nada en la abundancia, y contrae los hábitos de los países abundantes en pastos y toda clase de víveres, *ve disminuir su valor en el mismo grado en el que disminuyen su salvajismo y su rusticidad.*" *Recueil*, Ed. cit. p. 35.



los bienes terrestres tienden a predominar. Son entonces las fuentes mismas del renunciamiento y del sacrificio las que se agotan; el desarrollo del materialismo, destructor de ciudades, coincide con la preponderancia, dentro de un Estado que ha llegado a la cima más alta de su poder, de los comerciantes; para esta clase, en efecto, se trata, sobre todo, de hacer buenos negocios y de enriquecerse, y, para lograr este fin, no duda en instalar a sus creaturas incluso en las avenidas del poder; así, la corrupción y la venalidad se instalan y reinan por doquier.

Además, Ibn Jaldún ha presentado que la categoría de lo “sagrado” domina la mentalidad de los individuos y de los pueblos. Es su presencia la que hace crecer o aumentar la distancia entre los gobernantes y los gobernados, y la que confiere a la dinastía que ejerce el poder, una autoridad que ninguna crítica puede amenazar. Es esa igualmente, la causa del “prestigio”, y la fuente principal de la imitación.

“Los hombres, según él mismo escribe, miran siempre como ser superior a aquél que les ha subyugado y que les domina. Inspirados en un temor superior hacia él, le ven provisto de todas las perfecciones, o bien le atribuyen dichas perfecciones por no poder ni querer admitir que la sujeción a servidumbre se haya efectuado por medios ordinarios. También adoptan los usos del señor y se esfuerzan por parecersele en todos los aspectos.”

Finas anotaciones psicológicas que anuncian, con cinco siglos de anticipación, los trabajos de Gabriel Tarde.

De ahí se desprende esta máxima que debe inspirar continuamente al soberano: que sepa conservar esta “distancia” acrecentarla, y mantener en el espíritu de sus súbditos ese temor supersticioso hacia su origen y su misión; que evite, sobre todo, el delegar su potencia en numerosos agentes que se harían odiar por su avidez y sus exacciones. En tanto que él mismo gobierne y haga reinar la justicia por doquier, estará seguro de ser venerado. Estos son los mismos consejos que Maquiavelo dará a su “Príncipe”

*El espíritu de cuerpo.*—Al hablar de esas tribus árabes que esparcidas en todo el contorno del Mediterráneo fundaron un inmenso imperio, Ibn Jaldún subraya que su potencia militar “se mantenía gracias a los vínculos de sangre, y al gran cuidado con el que jamás habían olvidado esos vínculos” Fundado sobre la consanguinidad, o más exactamente sobre la agnación<sup>10</sup> aumentado por las pruebas comunes, fortificado aún

10 Ver especialmente el capítulo VII “La solidaridad agnática no es otra cosa que el hecho de estar unidos por la filiación o por cualquier cosa análoga.” “Es en

por creencias también comunes, el sentimiento de solidaridad se desarrolla, y se acentúa la cohesión del grupo. En tanto que persiste el espíritu de cuerpo, una nación, incluso si no comprende en su población sino unas cuantas familias estrechadamente agrupadas, es capaz de soportar las peores pruebas. Pero, supóngase que este espíritu se debilite, que las facciones se conviertan en predominantes, que la unidad se disloque bajo la influencia de los vicios, y de los intereses divergentes, y el Estado ya no será más que una fachada que enmascara las escisiones que son ya inminentes: bastará una sola derrota para que el descorazonamiento y el escepticismo lo comporten todo. Sólo pueden sentir en común sufrimientos e inquietudes, aquellos pueblos que han conservado intactas las afinidades que les han unido.

El filósofo árabe conocía ya las leyes de la demografía; sabía que la prosperidad y las potencias están ligadas a un cierto equilibrio de la población; en tanto permanezca espaciada y sumisa a las vicisitudes de una vida errante, no podrá nacer ninguna civilización. Es sólo cuando logra cierto nivel cuando la riqueza se acrecienta y la división del trabajo se hace posible. En fin, cuando se hace demasiado numerosa y desproporcionada con respecto a los recursos que no pueden crecer indefinidamente, se anuncia la decadencia ¿No es casi la ley de Malthus? Pero nos topamos aquí con el fatalismo musulmán: todas estas anotaciones y muchas otras, nos muestran que los hechos se encadenan según un mecanismo riguroso que determina, en una cadencia inmutable, la grandeza, la prosperidad, y más tarde el debilitamiento y la ruina de los Estados; contra esta ley, la voluntad humana no puede nada.<sup>11</sup>

*Las virtudes individuales.*—Es en contacto con las dificultades de la existencia, y bajo el efecto de las luchas incesantes que es preciso librar

virtud de este vínculo por lo que se experimenta una solución celosa hacia los próximos y sus parientes cuando son víctimas de alguna iniquidad o cuando algún peligro les amenaza. Es ésta una tendencia natural en el hombre desde que existe. Si el parentesco es muy próximo entre quienes se ayudan mutuamente para vencer de tal suerte que produce la unión y la mezcla, el círculo es entonces manifiesto y reclama esta solidaridad en virtud de su sólo existencia y de su evidencia". Inmediatamente después de estos lazos de sangre vienen aquéllos que nacen del patronato o de la alianza. *Recueil*: Ed. cit. p. 20.

11 Este rasgo de fatalismo subsiste en todos los pueblos que han sido marcados por la influencia musulmana. Lo hemos notado, como ya él mismo nos invitaba a hacerlo, en el caso de un gran filósofo español del último siglo, Donoso Cortés (en una obra próxima a aparecer).

contra la naturaleza y los hombres, como se templan los caracteres; entonces el valor, el espíritu de sacrificio, el sentimiento del honor, llegan a su máximo. Supóngase, en cambio que la vida se haga demasiado fácil, que a los peligros suceda una seguridad engañosa y se asistirá a un rápido envilecimiento de las costumbres. Es por ello por lo que las poblaciones de las ciudades opulentas —sobre todo cuando han gozado de un período demasiado largo de paz— son presa de nómadas que han sabido guardar intacto su espíritu de independencia y su deseo de dominación. En tanto que han permanecido bastante próximas a su origen y ricas en las virtudes que poseían anteriormente, cuando aún no se habían fijado y habían tomado gusto al bienestar, rechazaron con facilidad, lejos de sus murallas, los asaltos del pillaje envidioso. Pero, he aquí que bruscamente se desploman, revelando así el lento desmoronamiento que las minaba.

Sin embargo, Ibn Jaldún no cree en la transmisión de los caracteres adquiridos, ni en la existencia de hombres providenciales, de genios, de hombres de proa —según el nombre que les da el gran historiador René Grousset—, capaces de modificar, por su sola voluntad, el destino de los pueblos.<sup>12</sup>

Respecto del primer punto, piensa, como ciertos psicólogos sociales americanos de la actualidad, que las diferencias originales que distinguen los genes son débiles, que la educación hace casi todo, que es ella la que acentúa las cualidades apenas bosquejadas y que no hubieran podido conferir a quienes las poseían, una superioridad discernible. Es ella, asimismo, la que explica la pertenencia a tal o cual religión. Aquí, también, son las costumbres las que lo hacen todo: “Todos los niños nacen con el mismo natural: llegan a ser judíos o cristianos o adoradores del fuego: la culpa de ello es de su padre y de su madre” (y, más aún, de una larga tradición histórica en la que ellos mismos están insertados sin que se les haya dado la posibilidad de opción).

Aquí predomina ese racionalismo que, según ha visto bien Renan,<sup>13</sup> ha caracterizado la filosofía árabe a pesar del apego que la misma profesa por los textos sagrados del Corán. Esto se traduce en nuestro soció-

12 Es necesario, sin embargo, para que el genio y el héroe obrasen una conjunción de su voluntad y de las circunstancias históricas favorables; más pronto o más tarde no podrían actuar. V. “figuras de proa”

13 V. E. RENAN: *Oeuvres complètes*. T. III. *Averroes*, Calman Levy, y nuestra obra *E. Renán* edición italiana de Morcelliane, Brescia, 1954; edición francesa próxima a publicarse por Vitte, Lyon, 1955.

logo por una nota de ironía apenas perceptible. Es así como, después de haber mostrado la forma en que la fuerza misma de los lazos de sangre y de religión ha llevado al aislamiento de los árabes, agrega casi en seguida: "Si entre ellos la raza permanece pura, la razón debe buscarse en que ningún individuo que pertenezca a otra rama [de la humanidad] envidia compartir su suerte o adoptar su manera de vivir."

En cuanto a los "hombres representativos" y los "superhombres" de Nietzsche, Ibn Jaldún no cree ni en su existencia ni en su influencia. No hay, por tanto, héroes o, más exactamente, cuando los hay es porque el medio y las circunstancias los hacen aparecer. Considerados en sí mismos, no son sino "hombres ordinarios", pero son ellos quienes toman y tienen conciencia de ciertas necesidades de su época. Yo diría que casi son llevados o conducidos por "sentimientos colectivos" cuya fuerza les arrastra. Son catalizadores o, mejor aún, espejos o rayos reflejados que se condensan y que adquieren una potencia desmesuradamente multiplicada. Tampoco el prestigio se liga a cualidades personales, sino a la situación social adquirida, a un cierta "aura" debida al papel que juegan o al poder asumido por largo tiempo. El jefe es un hombre en quien la multitud se reconoce y el cual sabe expresar sus confusas aspiraciones; en cuanto al soberano, le parece que tiene una esencia distinta de la de ella misma, y, por ello, se prosterna ante él.<sup>14</sup>

Así es como nos hemos encaminado hacia la ley que rige el destino de todos los pueblos tanto como el porvenir de todas las dinastías: ley que no es, por desgracia, sino la expresión de la temporalidad que conduce a los individuos de la infancia a la juventud, de la juventud a la madurez, y después, tras un breve período de estabilidad, de la madurez a la vejez y a la muerte. Después de lo cual... todo vuelve a comenzar: el ciclo es el mismo para las ciudades, los pueblos, los imperios, cambiando sólo su duración, sin que pueda exceder jamás de un número limitado de generaciones.

Es así como vemos a tribus nómadas —por consiguiente enérgicas y fuertes—, venidas del desierto, apoderarse de burgos y villas establecidos en los valles fértiles y rebosantes de riquezas. Estos bárbaros, a su vez, se fijan o establecen en estas villas, se convierten en sedentarios, pero, al hacerlo, cambian de hábitos, adquieren el gusto por el confort o comodidad, y el bienestar de la vida civilizada; se hacen, a su

14 El realismo contrasta con las descripciones que Al-Farabi y Avicena nos han dejado de la Ciudad perfecta, gobernada por el profeta capaz de conocer los designios providenciales de Dios.

vez, pervertidos, escépticos y revoltosos; su energía física, su resistencia, su valor se debilitan; el espíritu de cuerpo que les sostenía se hien-  
de; los vínculos de la agnación se relajan; en el interior de las profesiones como en el interior de las familias, nacen las divisiones, la discordia se extiende y el interés personal predomina. La astucia substituye a la fuerza, y la protección precaria de tropas mercenarias al patriotismo que doblega. Poco a poco, estallan sediciones entre los mercenarios expuestos a nuevas incursiones de nómadas o a la revuelta de los indígenas que han sometido, si estos últimos han conservado el gusto por la independencia y han permanecido fieles a su pasado.

¿No es, por tanto, justo que la soberanía pase así de un pueblo que ha perdido su fuerza moral a otro que o la ha conservado o la ha adquirido (y, en el interior de este pueblo, de una clase degenerada a otra en la que el vigor se afirma)? y ¿no es menos justo que sólo sobrevivan las naciones que, en lo peor de la adversidad, saben evitar el abandono de su espíritu, de su carácter, de sus virtudes propias, y rehusar, gracias a una resistencia que nadie llega a herir, la ley y las costumbres de los vencedores?

Sin embargo, la civilización no podría florecer entre los pueblos nómadas constreñidos a una amarga vida cotidiana. Es necesario para que aparezca, que, al lado de las artes destinadas a la subsistencia y al mejoramiento de las condiciones económicas, nazcan y se desarrollen las artes liberales orientadas hacia el goce de los sentidos y la satisfacción del espíritu. En efecto, sin una cierta estabilidad de las instituciones políticas bajo las cuales se haya alcanzado un cierto nivel de bienestar, tales artes no pueden cultivarse. Implican ellas una estructura social: jerarquías aceptadas que permitan una repartición de tareas entre los individuos. Ahí aún una ley necesaria fija el estado o florecimiento de las culturas en el seno de los grupos sedentarios: brillan con su resplandor más vivo cuando se anuncia la declinación misma; momento único en el que el refinamiento de las costumbres, la cortesía, la creación artística y el gusto llegan a su apogeo; hora privilegiada y ¡ay, qué breve en la que un pueblo, antes de desaparecer o de sufrir servidumbre, revela su genio propio, y expresa, según la ley misma de su carácter, lo que llevaba de más precioso! Se admirará la justeza de estas anotaciones. Puede ser que Paul Valéry se haya acordado de ello a menudo cuando escribía su prefacio a las *Lettres persanes* de Montesquieu.

Sucede lo mismo con respecto a la soberanía: por ser el estado de guerra natural al hombre, es del poder militar del que procede el poder

político; se ha formado e impuesto en el curso de las riñas que han dividido a las familias y a los clanes primitivos. La conquista lo confirma y estabiliza. Se extiende y se refuerza a medida que su origen —al hacerse más y más lejano— se aureola de misterio y parece descender del cielo. En los imperios nacientes, se humaniza y distingue por su moderación y dulzura “entonces, las cortes se abren a la esperanza; bajo una administración justa y benevolente, todos se dedican con ardor a las ocupaciones que, por su diversidad misma, aprovechan a la sociedad entera.<sup>15</sup> La población, ya de por sí numerosa, alcanza un gran desarrollo, pero como esto no se hace sino gradualmente, no es posible apercibirse de ello si no después de una o dos generaciones. Hacia el comienzo de la tercera, el imperio se aproxima al término de su vida, al alcanzar la población su máximo”; y el poder, comprometido por la avidez y la venalidad de sus agentes, resulta disputado más y más. El crecimiento y la proliferación de la clase ociosa de los funcionarios es a la vez signo y causa de esta esclerosis invasora que conduce a los Estados a su pérdida. Una vez más, el ciclo ha recorrido su curso; todo está presto para una invasión de los nómadas y para un recomenzar de las naciones.

Tales son las conclusiones cuya importancia había anunciado Ibn-Jaldún desde las primeras páginas de su gran obra. El programa que se había fijado entonces era, para su tiempo, singularmente ambicioso: “La Historia, la historia” —o más aún esta ciencia nueva hija que concebía en forma que desbordaba enormemente límites— “tiene por verdadero objeto hacernos comprender el estado social del hombre, es decir: *la civilización*<sup>16</sup> y enseñarnos los fenómenos que se relacionan espontánea y naturalmente, a saber: la vida salvaje, el endulzamiento de las costumbres, el espíritu familiar y tribal, las divergencias de las superioridades que los pueblos obtienen unos de otros y que llevan al nacimiento de los imperios y de las dinastías, la distinción de los rangos, las ocupaciones a las que el hombre consagra su trabajo y sus esfuerzos, tales como las profesiones lucrativas, los oficios que dan para vivir, las ciencias, las artes, en fin, todos los cambios que la naturaleza de las cosas puede operar en el carácter de una sociedad”

15 Se ve que Ibn-Jaldún tenía presente toda la importancia de la división del trabajo y la sutileza de las articulaciones en una sociedad llegada a su pleno desarrollo. Lo cual le convierte en el precursor de Emile Durkheim.

16 Se ve la definición muy extensa que Ibn-Jaldún daba de las civilizaciones. Nacen de la multiplicidad misma de las relaciones que se establecen en el seno de los grupos sociales.

Ciencia, como se ve, completamente nueva. Ibn-Jaldún fija con exactitud su método: no debe usar —nos dice— la sola investigación documental de la que pesa la exactitud y el valor, sino que establece también reglas de semejanza y, con ello, determina *a priori* lo que es creíble y lo que debe descartarse. Por otra parte, no duda en utilizar la analogía más audaz, en confrontar el pasado y el presente, convencida como está de que las variaciones —para los individuos como para las sociedades— son casi infinitesimales y no pueden introducir en nuestros cálculos y en nuestras previsiones, sino un débil coeficiente de error. ¿Qué quiere decir sino que los hechos históricos se repiten y obedecen leyes? En estas condiciones, cómo no había de saludar Augusto Comte en Ibn-Jaldún al primer sociólogo? Para el filósofo árabe como para el jefe del positivismo, la sociabilidad es un hecho primitivo; además, las sociedades se relacionan unas con otras por medio de constituciones y de estructuras análogas, tan bien, que se les puede comparar y clasificar. En fin, evolucionan como las civilizaciones que producen, como los gobiernos que las rigen, según un ritmo constante que permite la previsión.

Sin embargo, Ibn-Jaldún no hubiera aceptado la fórmula de Augusto Comte que es la de la ciencia moderna: “Ciencia, de donde previsión; previsión, de donde acción”<sup>17</sup> El fatalismo musulmán se oponía a ello, y para él, sometía a la historia al ciclo implacable del eterno retorno. “Si bien las leyes nos permiten conocer por anticipado el desarrollo de los acontecimientos, no nos dan, en cambio, ningún poder para modificarlo” El conocimiento conduce a una sabiduría que se somete al orden del mundo, no a técnicas, que nos permitan “convertirnos en señores y poseedores de la naturaleza”. El filósofo clarividente asiste a la declinación de una cultura en forma semejante a como el jardinero ve marchitarse la flor preferida; ni uno ni otro pueden evitar sus efectos inevitables, y ni siquiera retardarlos. Todo en este mundo es necesario; todo está sometido a la voluntad de Alá. ¡Feliz el sabio cuando, como Ibn-Jaldún, puede —gracias a su dominio de sí mismo— desarmar, haciéndole reír, al tirano que se apresta a hacerle perecer! Pero si escapa a los genizaros de Tamerlán es porque lo ha permitido Aquél que todo lo sabe. Su destino no estaba por ello determinado menos claramente desde por anticipado en forma semejante a como lo está el destino de los más grandes Imperios. Nada es nuevo bajo el sol; todo es aquí precario y efímero. Son sólo

17 O más aún: “Saber para prever, prever para poder”

unos cuantos siglos los que separan el ciclo que recorren las naciones del que lleva a los individuos a la tumba. Pero ¿qué es esta diferencia de duración en lo infinito de los tiempos?